

vigor. Su tribuna parecía un Etna coronada por un Sinaí. Los estremecimientos del volcán y las luchas de los titanes, hacían estremecer aquellas bases, pero en sus cumbres reinaba una serenidad luminosa esclareciendo y vivificando el decálogo de la revolución. Proclamados por el Congreso los principios anexionistas, á cuya virtud quedaba Niza en poder de Francia, Dantón aprovechó tal coyuntura singularísima para escribir con su dedo empapado en electricidad revolucionaria, los principios del apostolado universal contra las monarquías y por la República, formulando los fundamentos y bases de la nueva Francia. Esta, según el sentir de su gran patriota, no podía perdurar en triste y árida soledad, rodeada de Estados realistas, donde la nobleza y el clero maquinarian toda suerte de conjuros y forjarían toda suerte de armas contra la libertad. Necesitaba rodearse de fortalezas todas republicanas como Francia misma, en cuyas fuertes murallas la reacción universal tuviera que estrellarse y que retroceder sin remedio. Dantón, en sus previsiones que le daban una especie de presencia como la que atribuyen los místicos á Dios, no solamente sopló sobre los combustibles guerreros esparcidos por Europa entera, trazó, profundamente previsor, los caminos seguros para ir á la paz y las condiciones inmutables sobre cuyos cánones la paz había de fundarse y de robustecerse. Para Dantón no bastaba con el pedazo de tierra constituido por la monarquía francesa, el cual recortaba en gran parte las antiguas Galias; para Dantón todo lo que fué Galia en tiempo de los romanos, debía ser Francia en tiempo de los franceses. Y como en la Galia de los romanos estaba indudablemente Bélgica para cohesionar con algún ejemplo su indispensable anexión, propuso que se decretase la reunión á Francia de Niza. Conviene abrir las páginas del *Monitor* y leer el enérgico discurso pronunciado por el sublime orador en esta ocasión. Cada respiro suyo semejaba el respiro de una fragua. Cada idea está enrojecida de suyo hasta el rojo cereza en las forjas ciclópeas de aquella revolución titánica. No parece la suya palabra humana, parece palabra tonante como una tempestad espantosa en las nubes eléctricas. «No requiero nada de vuestro entusiasmo, dice, lo requiero todo de vuestra razón. En mí sólo privan los intereses de la República francesa. Nada de volver atrás. Habéislo consumado todo, representantes del pueblo, desde que habéis dicho á los belgas: os organizaremos como nosotros. Así les habéis dado la seguridad completa de que aceptaréis su reunión si ellos la propusieran. Pues bien, la proponen. No se necesitan informes donde todo es conocido; no se necesitan ampliaciones, donde todo está como agotado. Creedlo, las gentes del pueblo, los cultivadores belgas, desean la reunión á Francia. Tal es la consecuencia de haber abolido nosotros los derechos feudales que abrumaban á las muchedumbres. No temáis demos sobrada extensión á la República; los límites de Francia señalados están por la Naturaleza. Nosotros llegaremos á ellos por los cuatro puntos del cielo; llegaremos al Océano, á las orillas del Rhin, á los Alpes y á los Pirineos. Inútilmente se nos amenazará con la cólera de todos los

monarcas; ya les habéis lanzado el guante de reto. Este guante ha sido la cabeza de un Rey, señal infalible del próximo desbandamiento de todos ellos. Tócanos tan sólo desenvolver la fuerza nacional, y llegamos al momento en que verá el Universo los últimos esfuerzos de Francia. Se nos amenaza con Inglaterra. Los tiranos de Inglaterra están muertos. El pueblo será libre; y cuando sea libre, también será este pueblo nuestro amigo. Tenéis en vuestras manos la plenitud del poder nacional. Así que la Convención envíe comisarios á todos los ayuntamientos pidiéndolos recursos, armas y hombres, la Convención contará con todos los franceses.» Nunca personificó Dantón el genio revolucionario tan al vivo como en este fulminante discurso. Sus palabras cayeron en el espíritu francés y se grabaron en todos los corazones. Ellas fueron como la fórmula máxima de aquel Gobierno batallador, que debía durar hasta el año quince, y que debía remover todo el viejo continente absolutista. Mirabeau en sus discursos es más perfecto que Dantón, así por la forma, como el fondo; pero Dantón es más comprensivo que Mirabeau, porque mientras éste alentó sólo á la Revolución francesa, Dantón alentó la Revolución universal.

En tamaña crisis aparece también la diferencia capital entre los girondinos y los montañeses, que habrá de explicarnos un día sus mutuas enemistades y sus exterminadoras luchas. Pensando montañeses y girondinos de la misma suerte, adelántanse los primeros, por su amor á la acción y por su desdén á la palabra. Mientras Vergniaud, Brissot, Condorcet meditan, reflexionan, entre vacilaciones y dudas, creyendo sin embargo, en la necesidad y en la justicia de una guerra universal, Dantón procede con admirable rapidez, y la pone por obra en sublime discurso. Así la popularidad se iba yendo á marchas dobles de los que nada hacían, y se iban condensando sobre la frente de aquellos que lo hacían todo. Para ganar el tiempo tristemente perdido, Brissot, redactó el *memorandum*, mejor dicho, el dictamen de su comisión de defensa general en las relaciones con Inglaterra. Un dictamen escrito y leído como el de Brissot, no puede compararse con un discurso fulminado en un momento de improvisación, como los que fulminaba Dantón. Sin embargo, el dictamen leído por Brissot resultaba un modelo de diplomacia y un curso de política. Sabiendo las innumerables responsabilidades que contraen los gobiernos en toda guerra, declinó sobre los ingleses la responsabilidad del rompimiento. «La nación inglesa quiere la paz, añadía, y á fuerza de intrigas y de dinero hála impelido el gabinete á querer la guerra. Mas, cuando la nación vuelva en sí, la guerra será entre los ingleses objeto de horror y execración. Francia combate los tiranos de Europa en interés y provecho de todas las naciones europeas.» Y concluye Brissot proponiendo la declaración de guerra inmediatamente al Rey de los ingleses y al Stathoueder de Holanda. Tras este dictamen se presentó un resumen de todas las quejas suscitadas por el proceder de Pitt con Francia, el cual resumen fué aprobado por unanimidad. Ducos propone un manifiesto dirigido al

mundo entero, delatándole con pruebas la maquiavélica perfidia del gabinete británico. Tal idea no consiguió inmediata sanción. La discutieron mucho los convencionales. Fabre d'Eglantine propone se redacte un mensaje al pueblo inglés, reconociéndolo en el alma partidario y amigo de Francia; por lo cual Francia coloca todos los ingleses y todos los bátavos residentes en su seno so el amparo de sus sabias leyes. Dantón aprobaba mucho estos distingos, que tendían á separar los pueblos ingleses de su redomado gobierno y de su traidora monarquía. Pero Ducos puso la verdad en su punto al decir que por la guerra estaba todo el pueblo inglés; que la guerra bien examinada no podía resultar obra del gabinete ni del Monarca; que resultaba profundamente nacional. Cambón se une al sentir de Ducos, y se une con su grande autoridad personal. Lo mismo hace Marat, declarando el mensaje inconsecuencia con lo ya hecho y absurdo después de todo lo dicho «Ningún periódico inglés, dice, publicará semejante papel. ¿Lo publicaréis para los saltimbanquis de allí? Errado anda quien crea el pueblo inglés devoto á Francia. En Inglaterra sólo tenemos por nosotros, los filósofos; y los filósofos allí están en diminuta minoría, como por todas partes.» Sin embargo, el mensaje al pueblo inglés queda resuelto, más bien que para instruir á esto último en las perfidias de su gobierno, para instruir al pueblo francés en los motivos y causas de la guerra. Ordenado se nombró una comisión para redactarlo, en la cual comisión estaban Paine y Condorcet. Por estos días, comienzos de Febrero, se presentaron varios patriotas holandeses en la barra del Parlamento. Estas presentaciones inducían á muchos errores. Por espacioso que fuera el salón de sesiones, por amplia la barra que congregaban siempre allí minorías, las cuales inspiradas por la pasión, solían expresarse con exaltaciones generadoras de muchos entuertos y muchos maleficios en el gobierno y régimen de la política convencional. Aquellos holandeses asistentes á la barra, no podían representar ni á sus conciudadanos ni á su patria. Sin embargo, hablaron como si los representasen. Y hablando, dijeron que felicitaban á la Convención por no haber confundido la causa holandesa con la causa de sus tiranos, y prometieron combatir en las filas de aquella tan luminosa república francesa. «Enemigos del Austria y de Pitt, contestó el presidente, los verdaderos bátavos son nuestros amigos. En el seno de su propio país trataremos con ellos. La Convención les promete sacrificarlo todo por sostener el combate necesario en pro de su libertad.» Después de tal debate ordenó el Consejo ejecutivo á Dumouriez tomar la ofensiva y penetrar en Holanda.

Grandes ventajas tenían para Francia las correspondientes anexiones de Bélgica y Holanda. Con Bélgica sólo, aumentaba Francia en tres millones de hombres su población; obtenía una hipoteca excelente con los bienes nacionales desamortizables y vendibles, para sus asignados; sumaba ingresos anuales en su Tesoro por cuarenta millones y crecía en fuerzas militares con cincuenta mil hombres; propagaban desde Bélgica más fácilmente que desde Francia la libertad sobre los países del Rhín; contagiaba con su revolución á Ho-

landa entera, y concluía por obtener un arreglo provechoso con la misma Inglaterra. Pero la empresa tenía mayores dificultades que las creídas é imaginadas por el Parlamento francés. El ministro de Negocios Extranjeros decía en cartas secretas al general Dumouriez: «los desdenes é insultos del ministerio inglés han hecho la guerra inevitable. Los preparativos de la Gran Bretaña exigen de nuestra Francia que se prevenga y se aperciba para cualquier evento. Esos poderosos motivos, los mismos que provocaran bajo vuestro ministerio la declaración de guerra contra el Rey de Hungría, provocan á la República francesa á declarar la guerra contra el Stathourder de Holanda y el Rey Jorge de Hannover, poniendo así término á tanta incertidumbre.» Dumouriez abundaba en las ideas del ministro. Por peligrosa que la empresa fuese, no le quedaban á Francia y á él otros recursos ni otras salidas que la invasión de Holanda, en la cual se debía vencer á cualquier precio. Muy orgulloso Dumouriez, su orgullo se fundaba en la confianza de sí mismo, en el culto á su propia persona, en la seguridad de su propicia estrella. Sin embargo, ahora dudaba de la victoria. Los males del ejército francés habíanse agravado mucho durante todo el mes de Enero, y oscura cerrazón cubría el horizonte, no esclarecido por ninguna esperanza.» «Todo me falta, decía en sus comunicaciones al ministro de Negocios Extranjeros; necesítase un caso de fuerza mayor tan desesperado como éste que sufrimos para emprender tamaña expedición antes de contar con los medios necesarios al triunfo.» Y no estaba mal solamente, como decía Dumouriez, la empresa de conquistar á Holanda; estaba peor la empresa de retener á Bélgica. La Convención francesa resolvió no convocar convención belga, en su fundado recelo de que tal Asamblea le ofreciese insuperables resistencias. Así, mandáronse á Bélgica, no comisarios del Parlamento francés, comisarios del Poder ejecutivo. Treinta de éstos se reunieron en Bruselas; treinta desharrapados en su mayor parte, sin razón ni conciencia. Pescados en el agua turbia de los clubs, fueron al pueblo emancipado, no en busca de la grandeza nacional, en busca de la grandeza propia, mejor dicho, del propio enriquecimiento. Así entraron por aquellas comarcas á saco y á merodeo. Más daño hicieron sus actos en los campos flamencos que la piedra en Castilla. Presa de los estremecimientos conaturales á todo cambio radical y revolucionario, Bélgica luchaba consigo en los espasmos de una epilepsia terrible. Y los comisarios republicanos franceses de aquella increíble anarquía se valieron para devorar más y más la inocente presa caída en sus garras. Francia no comprendió nunca el movimiento popular del Bélgica, fundado en raciocinios inconscientes, en raciocinios contrarios á la misma revolución que intentaban, pero raciocinios de una fuerza infinita, porque dimanaban de su espíritu nacional y sostenían su ánimo. Los unitarios franceses no estaban hechos para concebir el carácter municipal belga. Ellos deseaban una patria muy grande. Y los belgas se satisfacían á una con su patria chica. Ellos necesitaban una centralización muy apoplética y á Bélgica podía llamársele la descentralización personificada, lo mismo que á Suiza

Un revolucionario francés se determinaba y movía por raciocinos filosóficos á la revolución. Un revolucionario belga se movía y determinaba de suyo á la revolución por sentimientos católicos. En Francia se había juramentado á los clérigos; en Bélgica no había un clérigo, ni regular ni secular, que no fuese ortodoxo. En Francia los conventos se habían convertido en fábricas y cuarteles; mientras por Bélgica todas las poblaciones mostraban su blasón en dos grandes monumentos, casas de ciudad magníficas, como no las hay en ninguna otra parte, y catedrales deslumbradoras compitiendo en obras de arte, en lujo litúrgico, en magnificencias católicas con las iglesias españolas. Imposible llegaran á entenderse un pueblo tan unitario como Francia y un pueblo tan municipal como Bélgica.

Los convencionales franceses no comprendieron jamás las revoluciones brabanzonas. Viendo levantarse un pueblo contra un Emperador, creyeron que trataba este pueblo de arruinar el Imperio y sustituirlo con la República, como ellos se habían levantado contra un Monarca y sustituido la Monarquía con la República. Jamás se penetraron los franceses de cosa tan sencilla como que si la revolución belga tenía en su forma la violencia, cual todas las revoluciones, tenía en su fondo la reacción, cual no la había tenido ninguna de las revoluciones hasta entonces conocidas. Bélgica no se había levantado contra José de Austria porque José de Austria fuera Emperador; Bélgica se había levantado contra José de Austria porque José de Austria era filósofo. En la evolución general del espíritu y del pensamiento modernos, los Reyes filósofos proceden de los pueblos revolucionarios y coinciden con los innovadores enciclopedistas. El espíritu de José brotó con profunda y nativa hostilidad á la Iglesia; y odió á la Iglesia, no solamente porque la Iglesia profesaba dogmas reaccionarios opuestos á sus dogmas progresistas, porque la Iglesia le quitaba parte de su autoridad y de su poder, cuando él quería poder y autoridad absolutos. Revolucionario por naturaleza y por gracia; poco circunspecto; muy soñador; atrevidísimo; pegado de sus facultades innimodas; creyendo en la efectividad de todas las jurisdicciones recibidas en herencia por legado de sus abuelos y de sus padres; imaginó la cosa más fácil del mundo llevar el nuevo ideal sin reservas y sin cortapisas á pueblos todavía sumidos en los oscuros senos de la teocrática Edad Media. El Papa le advirtió de su error; le avisó del peligro que corría; le puso ante la vista en visión adivinadora cómo todos aquellos movimientos de cambio y de reforma inoportunos é impremeditados traerían al cabo la muerte y el destronamiento de todos los Reyes absolutos. José II en lo canónico y en lo litúrgico era profundamente anticatólico, aunque fuese profundamente católico en lo dogmático. Y Bélgica en lo canónico, en lo litúrgico, en lo dogmático, en todo, era profundamente calólica. Por no abandonar el catolicismo se apartó de Holanda y se sometió á España y Austria. Las costumbres habían arraigado más y más cada día estas ideas en el espíritu y en el ánimo de los belgas, los cuales querían gobernarse á sí mismos, pero modesta, municipalmente, dentro de aquellas comunidades antiguas, bajo cuya sombra crecieran su trabajo y su agricultura

su industria. Nada querían, pues, con el Emperador unitario que á su guisa los disciplinaba, como si fueran soldados de sus cuarteles, pero tampoco nada querían á su vez con la unitaria Convención. Las violaciones de sus viejas cartas, el ataque á sus costumbres, el desconocimiento de sus creencias, la guerra con su Iglesia, el predominio de un Estado imperial sobre sus dogmas, la disolución de tantas congregaciones religiosas como habían formado parte de su vida y cuyo espíritu estaba en las esencias de su alma, la clausura de los seminarios á que Bélgica confiaba la perpetuidad de su clero, el choque de las ideas modernas con sus viejas supersticiones, hicieronla en armas levantarse contra el Emperador y contra el Imperio. Se necesitaba no saber de la misa la media para intentar una imposición de principios más progresivos que las leyes josefinas á pueblo tan reaccionario. En la evolución del pensamiento moderno significaba un término más atrasado que la revolución el absolutismo filosófico. Y á este necesario término, más conforme con sus principios y sus creencias que la República, se habían resistido los belgas. ¿Cómo pasarían, como podrían pasar, por los principios puramente revolucionarios? La libertad para los belgas consistía en que le devolviesen todo cuanto les había quitado el Emperador José, bajo pretexto de redimirlos y modernizarlos. Y cuando les parecía insufrible, por duro, el régimen austriaco, les dan el régimen convencional. Y cuando nada querían á una con los comisarios imperiales, por demasiado progresistas, les mandan comisarios demagogos. Y cuando reclamaban contra la imposición de tributos onerosos antiguos, los frien á requisas, acompañadas por insufribles contribuciones de guerra. Y cuando se quejaban del proceder de sus Monarcas con los conventos y con los seminarios, les expulsan los frailes y les cierran los templos y les profanan y les niegan la religión de sus padres; y cuando pretendían una República federal, una República de municipio y de tribu, le imponen una República unitaria, de dictadura y de guerra.

El mal económico agravó todos estos males y los exacerbó en grado máximo. Así, toda Bélgica tomaba el aire de protesta y de levantamiento que tomara en los tiempos de José II. Los comisarios del Poder ejecutivo francés tenían que refrenar con una mano aquella misma revolución que con la otra mano desenfrenaban y recrudecían. Inútilmente, comprendiéndolo así el Poder ejecutivo francés, daba consejos á sus comisarios, consejos, que debieron ser órdenes, persuadiéndoles á respetar el genio municipal de Bélgica y á establecer federaciones entre las ciudades y no sobre las ciudades omnipotente y dictatorial Estado. Los comisarios no comprendían una sola palabra de tales instrucciones, soñando únicamente con ingerir un pueblo tan diverso del pueblo francés en el seno de Francia. Zelotas é intransigentes, aunque representaban un principio tan justo como el gobierno de los pueblos por sí mismos, hacían lo posible y lo imposible para que Bélgica no se gobernase jamás por su propia voluntad y por su propia conciencia. Reunidos en Bruselas para decidir sobre las aplicaciones de los decretos enviados por el ejecutivo, pro-